

EL AMOR EN SAN AGUSTÍN COMO ANHELO POR LA POSESIÓN DE LA  
FELICIDAD.

CHRISTIAN CAMILO MANTILLA PEÑA

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
ESCUELA DE FILOSOFÍA  
BUCARAMANGA

2017

EL AMOR EN SAN AGUSTÍN COMO ANHELO POR LA POSESIÓN DE LA  
FELICIDAD.

CHRISTIAN CAMILO MANTILLA PEÑA

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE  
FILÓSOFO

DIRECTOR:

ALEXANDER TRIANA TRUJILLO

MG. EN FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2017

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	8
CAPITULO I.....	11
1. PERSPECTIVAS DEL AMOR EN SAN AGUSTÍN.....	11
1.1. EL AMOR POR EL HOMBRE Y LAS COSAS DEL MUNDO.....	11
1.1.1. El Hombre Joven.....	11
1.1.2. La Percepción de lo Amado en el Mundo de las Cosas.....	12
1.2. EL AMOR POR LO VERDADERO, EL AMOR POR DIOS.....	16
1.2.1. La Búsqueda del Amor en Dios.....	16
1.2.2. El Amor Verdadero en la Eternidad de Dios.....	18
CAPITULO II.....	20
2. EL AMOR COMO ANHELO DEL BIEN MÁS PROPIO DEL SER HUMANO.....	20
2.1. EL AMOR COMO UN ANHELO.....	20
2.2. EL AMOR VERDADERO EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL TIEMPO.....	24
CAPITULO III.....	29
3. LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD POR PARTE DEL SER HUMANO EN DIOS.....	29
3.1. CONCEPCIÓN AGUSTINIANA DE MEMORIA Y OLVIDO.....	30
3.1.1. El Olvido del Mundo de las Cosas.....	30
3.1.2. El Reconocimiento de Dios en la Memoria.....	32
3.2. ENCUENTRO DEL SER HUMANO CON LA FELICIDAD.....	33
3.2.1. El Amor por el Máximo Bien del Ser Humano, el Amor por sí Mismo.....	33
3.2.2. Reconocimiento de Dios en el Hombre.....	35
4. CONCLUSIONES.....	38
BIBLIOGRAFÍA.....	40

## RESUMEN

**Título:** EL AMOR EN SAN AGUSTÍN COMO ANHELO POR LA POSESIÓN DE LA FELICIDAD.\*

**Autor:** CHRISTIAN CAMILO MANTILLA PEÑA \*\*

**Palabras clave:** amor, libertad, verdad, tiempo, dios, felicidad, anhelo, alma, razón, Cupiditas, Caritas, olvido, memoria.

En este texto se hace un estudio de la concepción agustiniana del amor con el objeto de buscar una forma por la cual el ser humano pueda alcanzar la verdadera felicidad. Para ellos se expone la concepción Agustiniana del amor, en dos partes: inicialmente, el amor por las cosas del mundo, el cual es concebido como un amor vano y falso con el que el ser humano se engaña y se aprisiona en el mundo de los sentidos, olvidando la verdadera felicidad. Posteriormente, se expone el amor por Dios, como un amor por lo verdadero, por el bien más propio del ser humano, con el cual el ser humano se libra de las cadenas de la fatalidad en la muerte y encuentra la verdadera vida en la eternidad y en la libertad. Es de aclarar que, en ambas concepciones de amor, tanto en el amor por las cosas del mundo, como en el amor por Dios, el amor es concebido como un anhelo por sí mismo, bajo el estudio realizado por Hannah Arendt de la concepción agustiniana del amor. En consecuencia, de lo dicho anteriormente, se estudian los conceptos de olvido y de memoria, con los cuales se busca establecer que el ser humano se ha olvidado de la verdadera felicidad al nublar su alma con los anhelos terrenales y banales de las cosas del mundo.

---

\* Proyecto de grado para optar el título de filosofía.

\*\* Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Alexander Triana Trujillo, Mg. En filosofía.

## ABSTRACT

**TITLE:** THE LOVE IN SAN AGUSTÍN AS A WISHING FOR THE POSSESSION OF HAPPINESS.\*

**AUTHOR:** CHRISTIAN CAMILO MANTILLA PEÑA\*\*

**KEYWORDS:** love, freedom, truth, time, god, happiness, wishing, soul, reason, Cupiditas, Caritas, forgetfulness, memory.

In this text a study of the Augustinian conception of love is made to find a way by which the human can achieve true happiness. For them the Augustinian conception of love is exposed in two parts: initially, the love for the things of the world, which is conceived as a vain and false love with which the human is deceived and imprisoned in the world of the senses, forgetting true happiness. Subsequently, the love of God is exhibited as a love for the true, for the good of the human, with which the human is freed from the chains of fatality in death and finds the true life in eternity and freedom. In both conceptions of love, both in the love of worldly things and in the love of God, love is conceived as a wishing for itself, under Hannah Arendt's study of the Augustinian conception of love. Because of the above, we study the concepts of forgetfulness and memory, which seek to establish that humans have forgotten true happiness by clouding their soul with the earthly and banal longings of the things of the world.

---

\* Degree project to choose the title of Master of Philosophy.

\*\* Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Directed by: Alexander Triana Trujillo. Mg. in philosophy.

## INTRODUCCIÓN

En este texto se pretende, por medio de la concepción agustiniana del amor, expuesta por San Agustín en su texto *Confesiones*, proponer en el amor el medio para alcanzar la felicidad. Puesto que se plantea la felicidad como un bien, el cual el ser humano desea poseer. Para ello, en primer lugar, se propone una diferenciación en el amor, entre el amor por lo eterno y el amor por lo terrenal, seguido de que lo amado por el ser humano determina al amante, razón por la cual, es imperativo discriminar en el amor, lo bueno y lo malo, es decir, el buen amor y el mal amor. Por esto se estudia la propuesta agustiniana del amor: el amor en *cupiditas* y el amor en *Caritas*. En segundo lugar, se levanta un estudio del amor como un anhelo por sí mismo, desde la mirada analítica de Hannah Arendt, en su texto *El Concepto de Amor en San Agustín*. Con el cual, se expondrá el amor como el medio para alcanzar el bien más propio del ser humano. Y en tercer lugar, se realizara un análisis de los conceptos de olvido y memoria, expuestos por Agustín, con los cuales se buscara responder al interrogante ¿cómo puede alcanzar el ser humano, por medio del anhelo, la felicidad verdadera?

De tal forma que pensar en la felicidad, como fin último en la existencia de la humanidad crea el gran interrogante, ¿Cómo puede el ser humano, con sus limitadas capacidades, poder alcanzar un verdadero estado continuo y estable de felicidad, cuando constantemente, se ve amenazado por la muerte? Responder a este interrogante no es fácil, puesto que plantea en primer momento, poseer la capacidad de diferenciar entre lo que es ser feliz y lo que no. Y en segundo momento, plantea la necesidad de eludir a la muerte. Es decir, se evidencia que el ser humano puede ser engañado al creer haber alcanzado la felicidad y que posteriormente dicha felicidad le puede ser arrebatada.

Por consiguiente el planteamiento de felicidad en el ser humano es una gran problemática, puesto que en la posición terrenal actual del ser humano, éste encuentra en el mundo de las cosas una vida feliz que depende de factores que le son extrínsecos, que le dominan y le atan, y ¿Quién puede ser realmente feliz, siendo prisionero? Librarse de las ataduras que encadena al ser humano es indispensable para poder ser feliz, puesto que ¿En qué felicidad se es verdaderamente feliz, si se carece de libertad? Por lo tanto, la libertad es una facción indispensable de la felicidad, puesto que no existe ser humano que pueda ser verdaderamente feliz, cuando aún es prisionero, dado que añora poseer más la libertad, que le ha sido quitada, que cualquier otro bien.

En consecuencia de lo anterior es puntual, para poder proponer una verdadera felicidad en el ser humano, alcanzar un estado de libertad, en el cual el hombre no se vea constreñido ni limitado. Es así, como se obtiene una respuesta al interrogante ¿cómo puede el ser humano alcanzar la verdadera felicidad? Dado que solo el ser que es libre de anhelos banales, puede fijar su amor en lo verdadero, en dios. Es

así, como se presenta una diferenciación en el amor, dado que el ser humano tiene la posibilidad en igual medida de anhelar tanto las cosas que lo atan, como también, aquello que lo hace libre, dios. Por consiguiente, en primer momento, Agustín propone en su concepción del amor una diferencia en cuanto a lo amado: el amor en *Cupiditas* y el amor en *Caritas*.

En el amor en *cupiditas* se presenta el amor por las cosas del mundo, el amor por todo lo que rodea al ser humano: el prójimo, el mundo, su cuerpo y la carne. Es así como se presenta en *Cupiditas* un amor por las cosas terrenales que son extrínsecas al ser humano. Agustín ubica en *Cupiditas*, el amor por las cosas banales que engañan al ser humano y que encadenan a lo falso, puesto que en medida que el ser humano fija su amor por las cosas del mundo se pierde en el camino olvidando la verdadera felicidad. En este amor el ser humano es propuesto como un prisionero que es engañado por la información que obtiene del mundo que le rodea por medio de los sentidos.

En el amor por *Caritas* se presenta el amor por Dios, como un amor superior y verdadero. En el cual Agustín, ubica la verdadera felicidad. Propone a dios como fuente de la felicidad, puesto que, solo dios puede ser eterno y solo lo eterno puede verse libre de la pérdida, a la que el ser humano debe eludir frente a la muerte. *Caritas* es una propuesta del amor que se yuxtapone a *Cupiditas*, puesto que a diferencia de *Cupiditas*, en *Caritas* el temor a la pérdida del bien se extingue. Así, Agustín propone al ser humano, como un ser libre al ser amante de Dios.

En segundo momento, se hace un estudio por medio del texto *El concepto de Amor en San Agustín* de Hannah Arendt, con el que se consolida el amor como un anhelo por sí mismo. Proponiendo, que para que el ser humano y la felicidad puedan ser uno, debe de existir una relación en la cual el amante desee poseer a lo amado y así, busque el primero la forma de hacer posible que el segundo sea de su posesión, sea parte de su ser. Sin embargo, en Arendt también se hace la diferenciación en el amor. Puesto que se propone un amor verdadero y un falso. De tal forma que en un primer lugar se estudia el amor por las cosas del mundo como un anhelo por el cual el ser humano se mueve en dirección a las cosas terrenales. Y en segundo lugar, se estudia un amor que se mueve hacia la verdad que es dios. En consecuencia, la búsqueda de la felicidad es un movimiento hacia algo, algo que es eterno, inmutable y libre de toda constricción.

Ahora bien en tercer y último momento se propone el estudio de dos conceptos que Agustín expone en *Confesiones*: el *olvido* y la *memoria*. Con los cuales se pretende encontrar la forma para poder hacer que el ser humano vuelva a ser uno con dios y por consiguiente, al estar en dios, ser eterno e inmutable, libre de toda posibilidad de pérdida y así, el ser humano pueda ser uno con la felicidad. Se estudia por consiguiente que por medio del olvido, el ser humano que se separe de sus distractores, que son los anhelos equívocos por las cosas del mundo y se pueda

enfocar por medio de la memoria, en recordar a dios y hacer una remembranza de la felicidad, dado que conocemos la felicidad es razón por la cual la anhelamos.

## CAPITULO I

### 1. PERSPECTIVAS DEL AMOR EN SAN AGUSTÍN.

Agustín en su texto, *Confesiones*, presenta el amor en dos puntos, inicialmente un torpe y necio amor mortal, amor por los hombres y por las cosas del mundo. Y en segundo lugar, un amor supremo o superior que se encuentra solo en camino a Dios. Es decir, que propone un amor falso, en el que los hombres se engañan y pierden, y un amor sacro, verdadero, medio por el cual los hombres iluminan su camino, liberando sus ataduras y alcanzando el bien último, la felicidad.

#### 1.1. EL AMOR POR EL HOMBRE Y LAS COSAS DEL MUNDO.

##### 1.1.1. *El Hombre Joven.*

En la primera percepción del amor que se encuentra en San Agustín, el amor por el hombre. Se aprecia el amor por las cosas del mundo, es decir, se concibe al hombre como ser mortal, inmaduro, precoz, simple. Que se comunica de alguna forma con las cosas que lo rodean y que en medio de dicha comunicación crea intereses que lo atan y envuelven en el mundo. “-Desde los diecinueve años de edad hasta los veintiocho- éramos seducidos y seducíamos, engañados y engañadores en diversas apetencias”<sup>1</sup>. En esta primera perspectiva, Agustín concibe al hombre como un ser ciego, que vaga por el planeta en la sombra que producen sus anhelos. Nublado por la ignorancia que su inclinación por las cosas le producen. El mundo que lo rodea, en esta primera perspectiva, es el motor que impulsa al hombre. Poseer este mundo es lo único que ha de saciar el deseo. Las preocupaciones del hombre, según Agustín, banas, no escapan de la distancia entre sus ojos y su nariz. Es decir, de los sentidos.

Este hombre joven, imberbe, solo se preocupa por los afanes que le llegan por medio de sus sentidos; puesto que es lo único que conoce. Y es en la información que obtiene del mundo, por medio de los sentidos, que el hombre encuentra sus anhelos. “El caso es que no sabía amarte, yo que no sabía pensar otra cosa que en los destellos de la materia. Porque el alma que suspira por tales representaciones. ¿Acaso no fornicaba apartada de ti y pone su fe en falsedades y da pasto a los vientos?”<sup>2</sup>. Por lo anterior, es pertinente concluir, hasta el momento, que el amor es un deseo por algo que no se tiene, pero que, esta considerablemente cerca, al

---

<sup>1</sup> AGUSTIN. *Confesiones*. Madrid, 2010. P. 215.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, P. 220.

menos, lo suficiente para conocerlo; o en últimas, tener una idea de lo amado. Porque ¿Cómo desear lo que no se conoce? Y ¿Cómo conocer lo que no se posee?

Por consiguiente, en este primer concepto de amor que se encuentra en san Agustín, es necesario conocer lo amado, ya bien, se esté consciente o no de saber que existe, y tener algún medio para poder alcanzar en algún momento lo amado. Es decir, para poder amar algo es necesario que lo que se ama sea algo conocido y de lo cual se pueda hacer posesión. Por consiguiente, lo amado debe tener algún tipo de relación con el amante, para poder lograr ser un objeto deseado.

### *1.1.2. La Percepción de lo Amado en el Mundo de las Cosas.*

En esta primera percepción de amor, conocer lo amado, se lleva a cabo por medio de la información que nuestros sentidos recopilan, interpretan y decodifican. Es decir, que para el momento en que la consciencia del amado, interpreta la información que obtiene del mundo que lo rodea, esta información ya ha pasado por una serie de coladores, filtros, organizadores, que le han puesto, color, forma y textura.

El problema realmente es: ¿cómo conocer verídicamente lo que se ama? “El caso es que no sabía amarte, yo que no sabía pensar otra cosa que en los destellos de la materia. Porque el alma que suspira por tales representaciones. ¿Acaso no fornicaba apartada de ti y pone su fe en falsedades y da pasto a los vientos?”<sup>3</sup> Es necesario presentar el amor, como un anhelo crítico por lo amado. El ser humano al desea la posesión de algo, debe levantar un juicio contra su anhelo, para poder conocerlo y discriminar en su ser, lo falso y lo verídico, “es necesario que el que ama verdaderamente aprender aspire desde muy temprano a la verdad Integra”<sup>4</sup>.

En esta problemática la información de los sentidos es como sembrar en el viento. “Bien sabes que los ojos, cuando se los vuelve sobre objetos cuyos colores no están ya iluminados por la luz del día sino por el resplandor de la luna, ven débilmente, como si no tuvieran claridad en la vista”<sup>5</sup>. El mundo de las cosas no se caracteriza necesariamente, por la veracidad, en la información que le otorga al sujeto, en relación con el objeto que enjuicia, su deseo. Expuesto por medio de un ejemplo simple. Al tocar un objeto desconocido con los ojos vendados y percibir por medio del sentido del tacto un objeto completamente diferente al que se llegase a percibir con la vista. Los sentidos, son en este caso, esclavos del resplandor e intensidad de la luz, por así decirlo. Puesto que de ser vistos, los objetos, bajo el resplandor de la luna, la información que el sujeto percibe del objeto, se encuentra inundada por las tinieblas y el cambio; por lo cual, dicha información es variable e incompleta.

La información que percibe el hombre del mundo que lo rodea, es en potencia, pobremente confiable. Es como el hombre inmerso en la caverna, atado de pies a

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*, P. 220.

<sup>4</sup> *República VII*, 585d.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 508c.

cabeza desde siempre, obligado a percibir el mundo en cautiverio, por medio de sombras y ecos<sup>6</sup>. Sin embargo, esa información nublada, es todo lo que tiene el hombre que ama el mundo. Esa es la verdad en la que alcanza a husmear su consciencia, sesgada, por los límites que le plantea su ignorancia.

En consideración de Agustín<sup>7</sup>, el hombre que ama al mundo, es un hombre inmaduro, inexperto, ingenuo que no tiene la capacidad de alejarse de los anhelos fugaces. “Cuando son niños y adolescentes. Ha de administrárseles una educación y una filosofía propias de la niñez y de la adolescencia. Y, mientras sus cuerpos se desarrollan para alcanzar la virilidad. Deben cuidarlos bien. Procurando así que presten un servicio a la filosofía. Y al crecer en edad, cuando el alma comienza a alcanzar la madurez. Hay que intensificar los ejercicios que corresponden a ésta; y, cuando cede la fuerza corporal y con ello quedan excluidos de las tareas políticas y militares. Dejarlos pasear libremente y no ocuparse de otra cosa que de la filosofía, a no ser de forma accesoria. Si es que han de vivir dichosamente y, tras morir, han de coronar allá la vida que han vivido con un adecuado destino”<sup>8</sup>. El ser humano amante del mundo, es aquel hombre que ve bajo la luz de la luna, envuelto en sombras y tapa huecos con la lógica. Cuyo camino es imberbe, escabroso y empinado.

En este caso el hombre que ama el mundo, es un hombre que no se puede valer por sí mismo, puesto que está dominado por el deseo de las cosas que lo rodean. La caverna en la que se encuentra depositado, le ofrece conocimiento, por medio de un interludio de las cosas que lo rodean. Impidiéndole ver lo que tiene posibilidad de amar, y atrapándolo en la falsedad de la ignorancia. Su juicio está influenciado por la relación que posee con el mundo y por la información que recibe de este. Carece de capacidad de decisión, el hombre se hunde en los placeres de la vida terrenal y mundana.

Por consiguiente la problemática a la que se enfrenta el hombre, al amar las cosas del mundo, consiste en perderse, en ocuparse, en consumirse en el mundo; como la cerilla de una vela, consumida por el calor abrazante del fuego. “¿Sera que Tu, aunque estés presente en todas partes, has apartado lejos de ti nuestra desdicha, y eres Tu quien permaneces en ti, mientras que nosotros vamos dando tumbos en las pruebas de la experiencia?”<sup>9</sup> De esta forma, al permanecer en movimiento contrastante, dando vueltas alrededor del fuego<sup>10</sup>, saltando de experiencia en experiencia, el hombre se consume progresivamente, alimentando su alma de amores a fracciones del mundo.

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 514b.

<sup>7</sup> AGUSTIN. *Confesiones*. Madrid, 2010. P. 220.

<sup>8</sup> *Óp. cit.*, 498b-498c.

<sup>9</sup> AGUSTIN. *Óp. cit.*, P. 227.

<sup>10</sup> Dando continuación a la metáfora de la esperma consumida por el fuego, en referencia, a la relación del hombre por el amor de las cosas del mundo.

Alimentar el alma tan solo, en su parte concupiscible<sup>11</sup>, según la concepción Platónica del alma impide al ser humano hacer uso de la razón, y por lo tanto de la posibilidad del bien último, la felicidad, que solo el alma en su mayor excelencia puede disfrutar. De ser así, plantear que este ser humano no racional, por ser amante del mundo de las cosas, no puede llegar a alcanzar la felicidad, sería apropiado. Puesto que, al amar con el alma concupiscible, el hombre ama las cosas que lo engañan y encadenan al mundo. Es así como Platón<sup>12</sup> concibe el alma concupiscible como una parte del alma no racional, que es profunda y fuertemente guiada por los impulsos de la carne. Por consiguiente la felicidad mundana, por no ser una felicidad racional, no puede ser considerada como fin último de los anhelos del hombre. Agustín<sup>13</sup>, concibe esto de forma similar, resaltando a dios en la ecuación. En consecuencia que el amor por las cosas del mundo, el amor que no busca a dios, es decir, a la luz de la razón, sea un amor vano, falso y momentáneo.

En tal caso, el hombre que ama al mundo es un hombre insatisfecho, su hambre por las cosas no es saciable, puesto que, al proponerse una meta o fijarse en algo este concibe su felicidad en lograr el cometido de poseer tal meta, en devorar y hacer parte de sí mismo lo amado. No le basta con conocerlo, verlo, sentirlo, olerlo o ser consciente de su existencia. Es imperativo alcanzar lo deseado, la meta, el objetivo, el propósito, el ideal, el fin.

En este punto del amor mundano se concluyen dos aspectos; en el primero encontramos, que en el mundo de las cosas, el hombre tiene la capacidad de anhelar lo que le rodea, cualquier cosa y todas al mismo tiempo. Y en segundo lugar, encontramos que al lograr poseer alguna cosa su deseo por esta cesa, puesto que, ya la tiene, ya es suya, y por consiguiente, a no ser, que de alguna forma logre encontrar la manera de seguir alimentándose sistemáticamente de lo mismo, ya no la desearía más y su atención, puede saltar, parcialmente o completamente a cualquier otra cosa.

En ambos casos, el hombre busca llenarse, saciarse, atiborrarse del mundo con un fin. El fin último, felicidad. Es esta la finalidad y producto de alcanzar y lograr poseer el fin deseado. “Y es que no solo quienes perturbaban mi quietud estaban ciegos de repulsiva rabia sino que quienes me incitaban a lo otro sabían a tierra. Yo, en cambio, que aborrecía aquí la verdadera desdicha, ambicionaba allí la falsa felicidad.”<sup>14</sup> Lograr alcanzar lo amado, siendo la ambición propuesta, tiene como recompensa la felicidad o, mejor dicho para este caso, la satisfacción del logro. El hombre que devora su ambición, hace parte suya eso que antes, no le pertenecía.

En consideración, el hombre que existía antes de alcanzar lo amado, es completamente diferente al hombre que ya ha alcanzado el objeto de su amor.

---

<sup>11</sup> Fedro, 246a-249d.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, Pp. 345-352.

<sup>13</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 227.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, P. 273.

Existe un cambio, una adición, una modificación, un movimiento, que da como resultado una nueva perspectiva, una nueva forma de pensar, de sentir, de relacionarse con el mundo. De esta forma, en medida de la cantidad de experiencia que reúne el hombre, al amar las cosas del mundo, reúne y suma cambios y adiciones a su ser.

De tal modo que se puede percibir, metafóricamente hablando, al ser humano como un jarrón viviente, pensante y consciente de sí mismo que se encuentra vacío en su interior y cuyo material con el que está hecho le permite, por un lado, diferenciarse de las cosas que le rodean y, por el otro, fundirse con lo que le rodea a voluntad; esto último, por medio de una sustancia que segrega. Añadiendo constantemente material nuevo a la sustancia con la que se compone, modificando en consecuencia, su ser original. “Era falsedad, si, lo que pensaba de ti, no verdad, e imaginaciones de mi desdicha, no el basamento de tu felicidad. Y es que habías ordenado, y así se cumplía en mí, que la tierra me pareciese espinas y abrojos, y que alcanzase mi pan con fatiga.”<sup>15</sup> En esta consideración, el hombre constantemente, se acerca más al fuego, aumentando el deseo por más cosas, una tras de otra, sin encontrar un final. Encontramos a un hombre que está perdido, buscando reconocerse a sí mismo, su propio yo, en el mundo de las cosas.

Por consiguiente, el amor por las cosas del mundo, es un amor que está en constante renovación, el hombre de forma sistemática se enfrenta a la satisfacción del objetivo cumplido y a la frustración por un nuevo objetivo más lejano. Por lo tanto, la felicidad que se plantea en este punto es una felicidad a medias, mediocre e imperfecta. Es en el mejor de los casos un bosquejo de felicidad, una aproximación a la felicidad. “Busca como si tuvieras que encontrar. Y, cuando hayas encontrado, sigue buscando”<sup>16</sup>. Es en definitiva una felicidad falsa, una felicidad que no perdura, puesto que al satisfacer la búsqueda del amor por las cosas, esta se debilita o se enfoca en la siguiente. En otras palabras, el hombre continuamente se ve en movimiento de forma sistemática entre sus deseos, sin la posibilidad de encontrar descanso<sup>17</sup>, puesto que se ve obligado a continuar devorando experiencias. “Así la felicidad de seres ajenos puede ser el objeto de la voluntad de un ser racional; pero si fuera el motivo determinante de la máxima, sería preciso suponer que no sólo encontramos un placer natural en el bienestar de otros, sino también una necesidad, como lo implica el sentimiento de simpatía entre hombres”<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> *Ibíd.*, P. 248.

<sup>16</sup> Margot, Jean-Paul LA FELICIDAD Praxis Filosófica, núm. 25, julio-diciembre, 2007. Universidad del Valle Cali, Colombia. P. 57

<sup>17</sup> Entiéndase en este caso como sinónimo de felicidad que hace referencia, a su vez, como el fin último. En el cual, el ser humano, puede apartarse del cambio y encontrar quietud, en un estado de invariabilidad eterna.

<sup>18</sup> Kant, I. *Critica de la Razón Práctica*. Madrid: Alianza Editorial, S. A., 2005. P. 31.

En consecuencia, la satisfacción producida por el mundo de las cosas, no puede ser la felicidad en sí. Puesto que en principio es una felicidad momentánea, producto de una relación que perece y que es fácilmente reemplazable. Se encuentra viciada y genera dependencia, puesto que cada vez el sujeto necesita más dosis para poder permanecer en ese estado de gozo y satisfacción. El hombre pierde su libertad, se sesga en la búsqueda perpetua y sistemática de lo amado y se vuelve prisionero de sus anhelos, de sus sentidos, del mundo.

En conclusión para Agustín la felicidad del hombre no está en el mundo, se encuentra, por el contrario, en algo completamente trascendental, atemporal e inmutable. Todo lo contrario que pueden representar las cosas del mundo. Agustín<sup>19</sup> ubica en el concepto de Dios la posesión absoluta de toda verdad, cualquier fijación por algo diferente a dios, cae en falsedad, en oscuridad. Dios es infinitamente sabio, dios es en principio, en el argumento agustiniano, el bien supremo. Lo restante, las cosas del mundo, el prójimo, son en un sentido mortal, cosas fugaces que solo llevan al hombre por el camino de la falsedad. Las cosas del mundo, que ennegrecen el juicio del hombre, son una entretención vulgar.

El hombre que ama el mundo, en Agustín, es un hombre ignorante que carece de sentido. Pues, como ya lo he dicho, señala que amar en el mundo las cosas que son mortales, finitas, momentáneas, es un vicio que engaña al amante con su falsa luz de felicidad y que por ser mortal, el objeto o el prójimo que es amado, es mortal el amor que es profesado. Por consiguiente, dicho amor está destinado a tener un final. Por el contrario, si el ser humano profesara amor en Dios, dicho amor no moriría nunca, viviría en la eternidad, pues, no existe el temor de que se extinga en algún momento.

## **1.2. EL AMOR POR LO VERDADERO, EL AMOR POR DIOS.**

### *1.2.1. La Búsqueda del Amor en Dios.*

En la segunda percepción del amor que se encuentra en San Agustín, el amor supremo y eterno, propone en respuesta a la problemática del amor por las cosas del mundo. Un amor por lo eterno, por la verdad, por el fin máximo, por dios; y que a su vez, propone superar la problemática, en cuanto, a la posibilidad del cambio y, en cuanto, a la posibilidad de pérdida; que se presenta en el amor por las cosas del mundo. Por consiguiente, encontramos una propuesta fundamentalmente religiosa del amor verdadero, en la que se busca la felicidad como el bien ultimo del hombre, por medio del anhelo de dios.

Porque nuestra estabilidad, cuando Tu estas, es entonces estabilidad y, en cambio, cuando es nuestra, es inestabilidad. Vive siempre en tu morada

---

<sup>19</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. Pp. 225-255.

nuestro bien, y porque hemos sido desviados de él, nos hemos descaminado. Retomemos ya, Señor, para que no quedemos subvertidos, porque sin carencia alguna vive en ti nuestro bien, que eres Tú mismo, y no tememos que no haya adonde regresar, porque fuera de allí nos desplomamos; pero aun estando nosotros fuera, no se desplomo nuestra casa, tu eternidad.<sup>20</sup>

En esta bifurcación del amor, Agustín, plantea a dios como fuente de la verdad. Todo hombre que se aleje del amor a dios, por consiguiente se aleja del conocimiento, se hunde en los vahos de la ignorancia y la necedad. Sin embargo, dios es visto, al igual que en el amor por las cosas del mundo, como un objeto, como un bien que es deseado por amor de sí mismo. En el amor por dios, se plantean los mismos principios del amor por las cosas. Es necesario conocer a dios para poder amarlo y es necesario tener a dios para conocerlo. La diferencia, es que dios no es una cosa del mundo, no se encuentra en el exterior, esperando por un amante que lo desee. Dios es la posibilidad de respuesta más adecuada para las dos preguntas yuxtapuestas anteriormente ¿Cómo desear lo que no se conoce? Y ¿Cómo conocer lo que no se posee? Puesto que el hombre ya conoce a dios, dado que, dios es una parte del ser humano. Y, solo a dios puede amar verdaderamente sin perderse. En la metáfora del jarrón vacío, dios es una sustancia que permite fundir los materiales que componen al jarrón. No es algo con que llenar al jarrón, dado que, dios no es extrínseco al ser humano, sino que es algo con lo cual se compone.

Esto implica que la búsqueda de dios no es una búsqueda tradicional, como en el mundo de las cosas. La relación con dios es completamente diferente, no se ejecuta por medio de los sentidos, porque, ¿Cuál es el color de dios? ¿Cuál es la forma o la textura? Y ¿Cómo se puede lograr escuchar a dios? Claramente la respuesta a estas preguntas, es que sencillamente no se puede. Porque el concepto de dios no toma una forma física y tampoco consiste en alguna referencia a un estado de ánimo, emoción o deseo particular. “No calla ni cesa de alabarte el conjunto de tu creación ni, a través de la boca, todo espíritu vuelto hacia ti, ni los animales, ni los entes corpóreos, por boca de quienes los contemplan, para que nuestra alma resurja en ti del cansancio, apoyándose en las cosas que has hecho y pasándose a ti, que has hecho las cosas de aquí de forma admirable: y allí está el sustento y la auténtica fortaleza.”<sup>21</sup>

En consideración amar a dios, tiene mayor grado de dificultad que amar las cosas del mundo. Pero Agustín<sup>22</sup> es cauto con eso. Asevera que a pesar de que todos los hombres pueden llegar a tener la capacidad de amar a dios, no todos lo logran, puesto que están apartados del camino a dios, por el amor de las cosas del mundo, ahogados por los anhelos terrenales y fortuitos. “Pero no han conocido el camino,

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, P. 251.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, P. 256.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, P. 215.

tu Palabra, por medio de la que has hecho las cosas que enumeran, y a los mismos que las enumeran, y el sentido con el que distinguen lo que enumeran, y la mente con la que las enumeran. Y para tu sabiduría no hay número. En cambio, tu propio hijo único se ha hecho para nosotros sabiduría, y justicia, y santificación; y fue enumerado entre nosotros, y pago tributo al Cesar.”<sup>23</sup> Es imperativo superar la tentación del amor por el mundo, dejar de lado las cosas temporales, permitir que el alma sea iluminada por la luz de la verdad para poder llegar amar a dios, para poder llegar a lograr la felicidad.

El hombre que aun fija sus anhelos en las cosas del mundo que no ha roto sus lazos con el mundo, es un hombre incapaz de amar a dios, es un hombre incapaz de servirse de sí mismo, no por falta de capacidades cognoscitivas, sino, por falta de voluntad. Aquel que ama a dios, es porque conoce a dios, porque ha decidido hacerlo, amarlo; y no se ha dejado sesgar por el velo que producen las cosas del mundo. “Y dicen muchas verdades sobre la creación, y a la Verdad, artífice de la creación, no la buscan piamente, y por ello no la encuentran. O si la encuentran, reconociendo a Dios, no lo veneran como Dios ni le tributan gracias. Y se desvanecen en sus cavilaciones. Y dicen que son sabios, atribuyéndose lo que es tuyo.”<sup>24</sup> Es puntual que el hombre trascienda del plano del mundo de las cosas, se olvide de la carne, de la palabra y del prójimo, en otras palabras, se libere de las cadenas que lo oprimen a ver el mundo en una caverna, entre sombras y ecos<sup>25</sup>. Para poder así, salir de las profundidades de la tierra y ver el sol resplandeciendo y, así, reencontrarse con dios y, así, anhelarlo.

### 1.2.2. *El Amor Verdadero en la Eternidad de Dios.*

Unos de las más grandes problemáticas que se plantean en el argumento Agustiniano, del amor por dios, es la mortalidad del hombre, en relación a que si dios es el bien supremo, inmutable, puro y verdadero, este es inmortal, estático, invariable, cualidades que el hombre terrenal no posee y que por consiguiente, poseer una relación, una interacción, que le permita al hombre fijar su amor en dios, sería imposible. Esto si dios fuese una cuestión externa al hombre como las cosas del mundo. Sin embargo, si dios es el bien último, es decir, felicidad, lo conocemos y, así mismo, Mantenemos una relación con él, que no está basada en las facultades de los sentidos. “porque conocemos la felicidad es por lo que queremos ser felices, y dado que nada hay más cierto que nuestro querer ser felices (*beatum esse velle*), nuestra noción de felicidad no guía en la determinación de los bienes que a ella corresponden, que se convierten en objetos de nuestro deseo.”<sup>26</sup> Si damos por sentado que conocemos a dios es factible concluir que conocemos la felicidad y que por ello, por tener noción de la felicidad, tenemos la posibilidad de anhelarla.

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, P. 261.

<sup>24</sup> *Óp. cit.*, Pp. 261-262.

<sup>25</sup> Republica VII, 514a-517b.

<sup>26</sup> ARENDT, Hannah. *El Concepto de Amor en san Agustín*. Madrid, 2001. Pp. 25-26.

La problemática en cuestión es ¿cómo llegar a alcanzar el bien supremo? Puesto que al no ser una búsqueda terrenal, exterior; sino, una búsqueda del alma racional<sup>27</sup>, el ser humano, que aún es amante de las cosas del mundo, aun, en la posición planteada por Platón<sup>28</sup>, cautivo por las cadenas de la ignorancia e inmerso en la caverna, se encuentra imposibilitado para poder amar el bien supremo y hasta que no sea forzado a abandonar ese estado de prisión, siendo liberado de sus ataduras y obligado a ver la luz del sol, hasta no ser forzado a abandonar el amor del alma concupiscible, olvidándose de las cosas del mundo e iniciando una búsqueda mayor. El ser humano no puede alcanzar a dios.

Por lo anterior se puede concluir, que la forma de que el hombre busque el bien supremo, es haciéndole perder todo amor mortal, desconectarlo del mundo de la vida y de sus anhelos terrenales. La única forma de que el hombre pueda ver la eternidad en dios, es arrancándolo de la mortalidad del hombre. “El bien que el amor anhela es, en suma, la vida, y el mal que el temor huye es la muerte. [...] La vida en la tierra es la muerte viviente, *mors vitalis*”<sup>29</sup>, por consiguiente, mientras que por un lado los amores terrenales son momentáneos, por otro lado, el amor por dios es un amor eterno.

A diferencia del amor por el mundo, el amor por dios no disminuye ni se acaba, es un amor perpetuo que no se pierde y que no se ve afectado por el cambio, puesto que, no existe el cambio, lo que fue, lo que es y lo que será, siempre ha de ser lo mismo. No presenta mutación por el tiempo, dado que se encuentra por fuera del plano temporal. “Nosotros añadimos a ‘lo que es’ la palabra ‘siempre’, y a ‘siempre’ la palabra ‘ser’, y nos referimos entonces al ‘ser que dura siempre’. Lo cual significa: lo que es siempre, es lo que es verdaderamente.”<sup>30</sup> Por consiguiente, la felicidad eterna, es el bien ultimo y la forma de llegar al bien último, es dejando atrás el mundo.

Ahora bien, es importante resaltar, que sin importar si el sujeto ve su deseo inclinado hacia el mundo o hacia dios, en ambos casos, el sujeto presenta una relación con el objeto, que se encuentra determinada por el bien que el objeto amado puede producir en el amante, como resultado de su proximidad y de su relación con lo amado. Es esto motivo de estudio a continuación, puesto que, sin importar si se ve el amante inclinado por las cosas del mundo, vanales y temporales o, por dios, en la eternidad y en la tranquilidad de lo atemporal; en ambos casos el amante obtiene como resultado de su relación con el objeto amado y con su logro o su frustración, un bien.

---

<sup>27</sup> Fedro, 246a-249d.

<sup>28</sup> República VII, 515c.

<sup>29</sup> ARENDT, Hannah. El Concepto de Amor en san Agustín. Madrid, 2001. Pp. 27.

<sup>30</sup> Ibid., Pp. 30.

## CAPITULO II

### 2. EL AMOR COMO ANHELO DEL BIEN MÁS PROPIO DEL SER HUMANO.

Anteriormente se ha dicho que en Agustín, se presenta, en primer momento, un amor por las cosas del mundo, el cual es considerado como una forma de amor vano y superficial, debido a que el amante, en este caso, es un ser inmaduro que no ha podido librarse de su minoría de edad, y se encuentra inmerso, aun, en los ríos de la mortalidad. Y, en segundo momento, se presenta, un amor por dios, el cual es considerado, de una forma superior como el amor verdadero debido a sus características atemporal y permanentes, por la cuales este amor no puede ni disminuir, ni acabarse, puesto que no se ve afectado por el cambio y se encuentra por fuera del plano temporal.

Sin embargo, es de considerar que en ambos casos existe una constante en la que se ven involucrados, tanto el amante, como el objeto amado y, es a razón de esto, que se iniciara un estudio, del amor como un anhelo por el bien más propio del ser humano, desde Agustín, en su texto, *Confesiones*, y con el fin de facilitar dicho estudio, se encontrara fundamento en el texto, *El concepto de amor en san Agustín*, de Hannah Arendt.

#### 2.1. EL AMOR COMO UN ANHELO.

Determinar que en ambos casos, tanto en el amor por las cosas del mundo, como en el amor por dios, perdura la acción que se presenta en la relación entre el amante y el objeto amado. Es a esa relación a la que Arendt<sup>31</sup>, hace objeto de estudio y por la cual, define, el amor, como un anhelo hacia algo por sí mismo. “Llegar a ser uno solo de dos, juntándose y fundiéndose con el amado [...] Amor es, en consecuencia, el nombre para el deseo y persecución de esta integridad.”<sup>32</sup> Por lo tanto, el amor es una acción que está determinada por el objeto amado. “Buscáis la vida feliz *en el país de la muerte*: no está allí. Como va a haber, pues, vida feliz donde tampoco hay vida”<sup>33</sup>. Lo relevante en la problemática del amor como un anhelo por un bien,

---

<sup>31</sup> ARENDT, Hannah. *El concepto de amor en san Agustín*. Madrid, 2001. P. 25.

<sup>32</sup>Banquete, 192e.

<sup>33</sup> AGUSTIN. *Confesiones*. Madrid, 2010. P. 237.

radica en el objeto que es amado, puesto que de este, depende si el amor, es un amor equivocado o es un amor justo<sup>34</sup>.

Por consiguiente, el amor, es un movimiento gravitacional, una atracción que produce el objeto amado en dirección de sí mismo, en dirección al objeto, en el ser amante. “Dime, entonces. Cuando alguien ama a alguien, ¿quién es amigo de quién, el amante del amado, o el amado del amante?”<sup>35</sup> Es decir, en el amor, es el amante el que es atraído por el objeto amado, mas no, el objeto el que se mueve en dirección del amante. Esto también significa, que el objeto amado no es una posesión del amante. Puesto que si lo desea, es porque no lo posee<sup>36</sup>. De lo contrario ¿para qué desear algo que ya se tiene? “¿desea Eros aquello de lo que es amor o no? [...] ¿Y desea y ama lo que desea y ama cuando lo posee, o cuando no lo posee? [...] - dijo Agatón - cuando no lo posee. [...] - continuó Sócrates-, si [...] probablemente es necesario que sea así, esto es, lo que desea [,] desea aquello de lo que está falto y no lo desea si no está falto de ello.”<sup>37</sup> Sin embargo, como el amante está en constante movimiento, producto de la búsqueda que le aquejan sus anhelos, también está en constante riesgo de perder lo que ya posee, haciendo que su apetito por lo amado, a pesar de ya poseerlo, pero en pro de no perderlo, reviva. “El deseo es una combinación de <<apuntar a>> y un <<redimir retrospectivo>>”<sup>38</sup>.

Lo que se puede aseverar de esto, es que, amar es profundamente semejante a un vicio<sup>39</sup>. El amante, al verse relacionado con el objeto que anhela, al desearlo, al exponerse a ese bien, crea la necesidad de poseerlo. Y, al lograr poseerlo, crea la dependencia, de mantener de alguna forma su posesión. Constantemente, al lograr su bien, se ve amenazado con su posible pérdida, y experimenta la necesidad de protegerlo, guardarlo y cuidarlo, nuevamente, como cuando no lo tenía y apenas lo alcanzaba. Sin embargo, también es de señalar que el anhelo a pesar de que se pueda ver en semejanza con el vicio, también es el método adecuado para la búsqueda de la felicidad<sup>40</sup>, puesto que “El anhelo, o amor, es la posibilidad del ser humano de tomar posesión del bien que le hará feliz, o sea, de tomar posesión de aquello que es lo más propio suyo”<sup>41</sup>.

---

<sup>34</sup> Hace referencia a los términos que rescata Arendt *caritas* y *cupiditas*, en Agustín. Con los cuales, se refiere al amor por las cosas del mundo, con el término de *cupiditas*. Y, al amor por dios, con el término de *caritas*.

<sup>35</sup> Lisis, 212b.

<sup>36</sup> En referencia al termino *appetitus habendi*, que señala Arendt, como rasgo distintivo en el anhelo por algo.

<sup>37</sup> Banquete, 200a-200b.

<sup>38</sup> ARENDT, Hannah. El concepto de amor en san Agustín. Madrid, 2001. P. 25.

<sup>39</sup> En referencia al término que resalta Arendt, en mención al amor por las cosas del mundo, *cupiditas*.

<sup>40</sup> La búsqueda del bien más propio del ser humano, felicidad. Se presenta en referencia en *caritas*.

<sup>41</sup> Óp. cit., P. 26.

Por consiguiente, así como el anhelo nos puede llevar a obtener el bien más propio del ser humano, también nos puede llevar por el camino de la desgracia al darnos algo que perder. Lo cual, es una amenaza constante y sistemática a la felicidad<sup>42</sup>. Ahora bien, es importante señalar nuevamente, la importancia de anhelar correctamente. “Nada que pueda ser traído de un disfrute duradero por mor de sí mismo, puede ser el objeto propio del deseo”<sup>43</sup>. Esto es una constante, si el ser humano solo ama las cosas del mundo, si ve el bien con el alma concupiscible<sup>44</sup> y se aferra a la banalidad en los placeres de la carne. La felicidad, el bien más propio del ser humano, es un bien puro e inmutable que no posee cambios ni modificaciones y que por consiguiente no se puede ver afectada por las circunstancias. Por consiguiente, no es posible concebir una felicidad verdadera a medias. Por ser una felicidad inmutable, externa al plano temporal o mortal. El bien más propio del ser humano, no es posible encontrarlo en las cosas del mundo. De ser así, de anhelar las cosas del mundo, no se está anhelando el bien más propio del ser humano, tan solo, en el mejor de los casos, se anhela por una falsa y momentánea ilusión de felicidad.

En consecuencia, “la felicidad (*beatitudo*) consiste en la posesión, en tener y conservar (*habere et tenere*) nuestro bien, y aún más en estar seguros de no perderlo”<sup>45</sup>. Esta falta de seguridad, en la perduración del bien anhelado, es una gran problemática, que se agudiza al amar las cosas del mundo. Puesto que, dicha relación, entre el amante y lo amado, esta inevitablemente sujeta a la mortalidad. La pérdida es una constante mientras que el amante, ame las cosas del mundo, mientras que, el objeto de su amor sea poseer algo que no escape a los efectos del tiempo y mientras la posibilidad de cambio permanezca como una contante en la relación del amante con lo amado. Es de considerar que la mortalidad mencionada, objeta en ambos bandos, tanto en el caso particular del ser humano que ama, como del objeto amado, sea bien este una cosa o un semejante.

Y puesto que en materia de virtud amaba la paz y en la de vicio, por el contrario, detestaba la discordia, percibía en aquella la unidad, y en este una especie de división. Y en aquella unidad me parecía que estaba la mente racional y el fundamento de la verdad y del sumo bien, mientras que en esa división tendía a ver, pobre de mí, una no sé qué sustancia de vida irracional y el fundamento del sumo mal, la cual no podía ser sustancia solamente sino que no podía ser vida en absoluto. [...] ¡Y es que no sabía ni había aprendido que el mal no es sustancia alguna y que nuestra mente no es el bien sumo e inmutable!<sup>46</sup>

---

<sup>42</sup> Arendt se refiere a esta amenaza como *malum*.

<sup>43</sup> Óp. cit., P. 26.

<sup>44</sup> Fedro, 246a-249d.

<sup>45</sup> Óp. cit., P. 26.

<sup>46</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. Pp. 243-244.

Es importante señalar que en cuanto corresponde al mundo terrenal, la felicidad es un bien inalcanzable, puesto que sus características, tanto, en relación a las del ser humano, como a las de dicho bien, no son asociables con la mortalidad. La felicidad es solo posible en la eternidad. Lo que quiere decir, que mientras el ser humano viva en la mortalidad, no podrá ser nunca feliz. “La vida verdadera es aquella que es a la vez eterna y feliz [...] El bien que el amor anhela es, en suma, la vida, y el mal que el temor huye es la muerte [...] La vida en la Tierra es muerte viviente”<sup>47</sup>. En consideración de lo anterior, el hombre que ama el mundo, es incapaz de alcanzar el bien último, puesto que al vivir y amar en el mundo, ignora la posibilidad de alcanzar la verdad; en palabras Platónicas<sup>48</sup>, en la caverna, el prisionero, aun, en su estado de cautiverio, contempla como verdad última, las sombras y los ecos, puesto que no es alcanzado por la luz del sol, que Platón considera reveladora. Solo hasta que el prisionero es extraído el yugo de sus cadenas, este puede surgir en el mundo de la verdad. Sin embargo, hasta entonces al ser humano se verá impedido de iluminar su alma racional<sup>49</sup> con la luz de la verdad ¿Es acaso necesario, para vivir feliz, morir primero en mundo terrenal?

Es posible interpretar, entonces, que la vida en la tierra no es la verdadera vida, es una ilusión, determinada por los sentidos, por la falta de razón, producto de ver el mundo con los ojos del alma concupiscible<sup>50</sup> y por la interpretación que hace el cuerpo humano de dicha información. La verdadera vida es aquella que se encuentra liberada de todo temor de pérdida del bien propio del ser humano. Por ende, en descomposición del amor, en la búsqueda del hombre por la felicidad, lo que en realidad está buscando es la ausencia de todo temor<sup>51</sup> a la pérdida de su bien. Por lo tanto, la finalidad de amar consiste en que por medio de ese amor se logre la liberación del temor a la pérdida, en pro de que al amar se busque la ausencia de tal temor. “queda así establecido el bien del amor: es <<aquello que no puedes perder en contra de tu voluntad>>”<sup>52</sup>. En el mundo de la vida, en el mundo donde todo lo que nace, en una milésima de segundo después, empieza a morir, a contar de forma regresiva el tiempo que le queda de existencia. En ese mundo percedero, el bien más propio del ser humano, no puede florecer. Puesto que depende del tiempo.

Solamente en un plano no temporal, en el que el ser humano pueda vivir, podrá relacionarse con él, su bien más propio. Mientras que siga existiendo un devenir, un, aún no, y la posibilidad de pérdida del bien sea una opción, una constante, el ser humano no tendrá la capacidad de poseer la felicidad, solo en un plano espacial, en el cual se desvincule el tiempo; es decir, en el que el presente sea

---

<sup>47</sup> Óp. cit., P. 27.

<sup>48</sup> Republica VII, 514a-517b.

<sup>49</sup> Fedro, 246a-249d.

<sup>50</sup> Ibíd., 246a-249d.

<sup>51</sup> Se hace referencia al termino *metu carere*, señalado por Arendt.

<sup>52</sup> ARENDT, Hannah. El concepto de amor en san Agustín. Madrid, 2001. P. 28.

progresivamente presente, sin un futuro, sin una modificación; solo allí, el ser humano podrá verse librado de la fatalidad por la amenaza de perder la felicidad. Solo hasta después de la muerte, empieza la felicidad. Puesto que, solo en la eternidad se elude el peligro de perder lo amado. Así pues, “El bien, que sólo puede entenderse en cuanto correlato del amor definido como anhelo, y que no tiene sentido en vida mortal, se proyecta así a un presente absoluto que empieza después de la muerte”<sup>53</sup>. Por consiguiente, todo amor que se aferre al mundo de las cosas es un amor que constantemente entrara en frustración sistemática, puesto que estará condenado a la muerte, a la incertidumbre del futuro, al aun no, a la posibilidad de pérdida que prevalece.

Tú darás luz a mi lucerna, Señor; Dios mío, darás luz a mis tinieblas y de tu plenitud hemos recibido todos. Eres Tú, sí, el lucero verdadero que ilumina a toda persona que viene a este mundo, porque en ti no hay cambio ni ensordecimiento de un instante. [...] E imaginaba yo formas corpóreas. Y siendo carne, acusaba a la carne. Y siendo espíritu caminante, todavía no volvía a ti, y al caminar caminaba hacia aquello que no existe ni en ti, ni en mí, ni en un cuerpo, ni tampoco tu Verdad me lo creaba, sino que desde el cuerpo me los fabricaba mi vanidad.<sup>54</sup>

Amar a dios, es en otras palabras, el bien más propio del ser humano, ya que dios es fuente de la eternidad, puesto que, es el bien que no se puede perder, aún en contra de nuestra voluntad<sup>55</sup>. La creencia, en dios está atada a nosotros intrínsecamente y anhelar la felicidad en dios, es la respuesta al temor por la muerte, pues ofrece esperanza de seguir viviendo, aún después de la muerte terrenal.

## **2.2. EL AMOR VERDADERO EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL TIEMPO.**

La idea cristiana de la vida después de la muerte es un alivio para el temor a la pérdida, a la muerte; sin embargo, la propuesta agustiniana de amor a dios va, aún más allá, planteando que no hay que temerle a la muerte, sino por el contrario, sobrepasarla. “Yo me hacía más desgraciado y Tu más cercano. Estaba más y más cercana tu diestra, que iba a arrancarme del fango y a purificarme, ¡y lo ignoraba! Y no me hacía volver del torbellino muy profundo de placeres camales sino el miedo a la muerte y a tu futuro veredicto que, si bien es cierto que pasando por diferentes

---

<sup>53</sup> *Ibíd.*, P. 29.

<sup>54</sup> AGUSTIN. *Confesiones*. Madrid, 2010. Pp. 244-245.

<sup>55</sup> La creencia en dios, es un mal necesario, la conversión al cristianismo, por parte de Agustín, es producto, del temor a la muerte, a la pérdida de la posibilidad de ser feliz. La muerte es una constante desde los inicios de la existencia del ser humano, está atada intrínsecamente a la vida. Y, por consiguiente, el temor a ella, a la muerte. Por lo tanto que surja la necesidad de una escapatoria a dicha fatalidad. Dios.

opiniones, nunca jamás se apartó de mi pecho.”<sup>56</sup> De tal modo que, la forma de vivir por siempre, de vivir realmente, es morir en el mundo terrenal. “Nosotros añadimos a ‘lo que es’ la palabra ‘siempre’, y a ‘siempre’ la palabra ‘ser’, y nos referimos entonces al ‘ser que dura siempre’. Lo cual significa: lo que es siempre, es lo que es verdaderamente”<sup>57</sup>. Lo único que dura siempre, que siempre ha existido y que no es afectado por el tiempo, por el cambio, es dios. De tal forma, si el ser humano anhela la felicidad, el bien último, debe anhelar a dios. Para poder “Llegar a ser uno solo de dos, juntándose y fundiéndose con el amado”<sup>58</sup>.

Ahora bien, es de resaltar que como resultado de su condición mortal y sin la posibilidad de escapar a la pérdida, a la muerte. El ser humano, constituye la idea de tiempo formulando un <<antes>>, un <<ahora>> y un <<después>>.

Quienes dicen esto todavía no te comprenden, ¡oh, sabiduría de dios, luz de las mentes! Todavía no comprenden como se originan las cosas que son originadas por ti y en ti. E intentan gustar lo eterno, pero *su corazón* revolotea todavía en los movimientos pasados y futuros de lo corpóreo, y *es todavía vano*. ¿Quién lo sujetara y lo parará para que se detenga un momentito, y por un momentito se apodere del esplendor de la eternidad eternamente detenida, y la compare con los tiempos nunca detenidos, y vea que es incomparable; y vea que mucho tiempo no resulta mucho sino a partir de muchos instantes pasados que, a su vez, resulta imposible prolongar; que, en cambio, nada transcurre en la eternidad, sino que todo es un presente; que, por otro lado, ser completamente presente no es en absoluto tiempo; y vea que todo el tiempo pasado es empujado desde el futuro, y que todo futuro continua desde el pasado, y que todo pasado y futuro es creado y discurre gracias al tiempo que es siempre presente?<sup>59</sup>

Por lo anterior, es de señalar que estas formulaciones: <<antes>>, <<ahora>> y <<después>>; son características organizacionales de la propia idea de tiempo, que se crean inicialmente, más no se concibe, como tres clases de tiempo, que a su vez, se puedan desprender de una idea principal. Es decir, el único estado del tiempo es el <<ahora>>. Lo que consideramos como tiempo pasado es el <<ahora no>><sup>60</sup>; que se deposita en nuestra memoria. Creando una unión, entre, el tiempo que está ocurriendo en el <<ahora>> y, el que es remplazado por un <<nuevo ahora>> progresivamente. Y, lo que consideramos como futuro, es el <<aún no>><sup>61</sup>, que aporta sistemáticamente, el <<nuevo ahora>> al tiempo presente. Y, que, a su vez,

---

<sup>56</sup> Óp. cit., P. 331.

<sup>57</sup> ARENDT, Hannah. El concepto de amor en san Agustín. Madrid, 2001. P. 30.

<sup>58</sup> Banquete, 192e.

<sup>59</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 557.

<sup>60</sup> En referencia al término que rescata Arendt en el <<ya no>>, (*iam non*).

<sup>61</sup> En referencia al termino señalado por Arendt *nondum*, en relación con lo que aún no llega a poder ser considerado presente.

remplaza continuamente con un <<nuevo ahora>>, en el tiempo presente. Creando así, la idea del paso del tiempo.

Digo sinceramente que sé que, si nada transcurriese, no habría tiempo pasado y que, si nada sobreviniese, no habría tiempo futuro y que, si nada existiese, no habría tiempo presente. Por lo tanto, esos dos tiempos, el pasado y el futuro, ¿cómo son, desde el momento en que el pasado, por una parte, ya no existe, y el futuro, por otra, todavía tampoco? El presente, por el contrario, si siempre existiese como presente y no pasase a pasado, ya no sería tiempo sino eternidad. Por lo tanto, si resulta que el presente, para que sea tiempo, pasa precisamente a pasado, ¿cómo podemos decir que existe aquello cuya razón de ser es dejar de ser, de lo que se deduce que no podemos decir que exista tiempo, de no ser porque tiende a no existir?<sup>62</sup>

En consideración de lo anterior, “el tiempo solo existe en virtud de la evocación del pasado y del futuro, evocación que convoca a ambos al presente de la rememoración y la expectativa. [...] El pasado es el tiempo acabado ahora, y el futuro es el tiempo empezado ahora”<sup>63</sup>. La vida del ser humano, en el mundo terrenal, en el anhelo por la carne, en el deseo por las cosas del mundo, siempre va a ser un continuo <<aún no>>. Mientras que, la vida, la verdadera vida, en la que se anhela por dios, va a estar en el <<eterno ahora>>. Un <<ahora>> que no sufre modificación ni que es remplazado sistemáticamente por un <<nuevo ahora>>.

Es de resaltar que anhelar, se divide en las perspectivas de amor que se expusieron anteriormente en Agustín. El amor por las cosas del mundo y el amor por dios. En el amor por las cosas corpóreas y mundanas, el ser humano constituye su amor en relación con el mundo. Esta relación, se encuentra fundida en el cambio, y por consiguiente, se encuentra a la expectativa del <<aún no>>. Y en el amor a dios, el hombre funde relación con el bien más propio del ser humano, la felicidad. Encontrando escapatoria a la fatalidad de la muerte, refugiándose en dios.

El concepto de tiempo, es clave en la disyunción del amor en Agustín, puesto que, el atributo de eternidad, es lo que diferencia al amor vano, del amor verdadero. Al proponer que el amor verdadero, por su cualidad de inmutable y perdurable, suprime, la posibilidad de riesgo de pérdida del bien propio del ser humano. Mientras que, en el amor por el mundo, por su cualidad de cambio y mutabilidad, el amor se ve constantemente amenazado por el presente por venir. Aunque, es de señalar, que en ambos casos, tanto, en el amor por el mundo, como, en el amor por dios; el amor que se presenta, busca por su deseo, anhelar<sup>64</sup> un objeto, con la diferencia, que en el amor por el mundo, el objeto que se anhela, es un bien vano, con el que el ser humano se engaña y, en el amor con dios, el ser humano anhela el máximo bien, la felicidad.

---

<sup>62</sup>Óp. cit., P. 560.

<sup>63</sup> ARENDT, Hannah. El concepto de amor en san Agustín. Madrid, 2001. P. 31.

<sup>64</sup> Arendt en su texto se refiere a ello como *appetitus*.

El término agustiniano para este amor equivocado, mundano que se aferra al mundo y así, al propio tiempo, lo constituye es *cupiditas*. En contraste con él, el amor justo, que busca la eternidad y el futuro absoluto, es llamado *caritas*: <<la raíz de todos los males es *cupiditas*, la raíz de todos los bienes es *caritas*>>. [...] pero ambos amores, [...] son deseo que anhela, *appetitus*. De aquí la prevención que san Agustín formula: << Ama, pero cuídate de que es lo que amas>><sup>65</sup>.

He de suponer, que así como existen, dos tipos de anhelos, *caritas* y *cupiditas*. Han de existir, dos tipos de felicidad, cada una bajo la referencia, respectiva, de cada término ofrecido por Arendt. Así como *caritas*, constituye el amor justo, y es poseedor de todo el bien. A su vez, debe contener una <<felicidad verdadera>> que sea correspondiente a su planteamiento. Y, también, en el caso de *cupiditas*, que constituye el amor mundano, y que es poseedor de todos los males. A su vez, debe contener una <<felicidad falsa>> que también corresponda a su planteamiento. “El ansia de mundanidad cambia la naturaleza humana, forma al hombre en ser mundano. [...] En la caridad, cuyo objeto es la eternidad, el hombre se transforma en un ser eterno”<sup>66</sup>.

En este caso, nuevamente es factible, como se propuso en el primer capítulo, entender al ser humano como un jarrón vacío;<sup>67</sup> en la cual, se consolida la idea del hombre como un jarrón viviente, pensante y consciente de sí mismo, pero vacío; cuyo material, con el que está hecho, le permite en el exterior diferenciarse de las cosas que le rodean, pero que por dentro, en sus paredes internas, segrega una sustancia que le permite, adsorber y mezclarse con lo que es introducido en él. El hombre, a lo largo de su vida, en su camino, reúne experiencias. Es decir, vaga por el mundo reuniendo cosas que introducir en su espacio vacío, las absorbe y las hace parte de sí mismo. Por consiguiente, el ser humano a lo largo de su vida, realiza un ciclo sistemático de anhelar y poseer.

En consecuencia de ese ciclo, al agregar o emparejarse con adiciones, parches y uniones; al ampliar el contenido de su ser. El ser humano ve cambiante, mutable y en constante movimiento su sustancia. “En vista del perpetuo deseo del hombre de pertenecer a algo que le es extrínseco y que por tanto le cambia, la esencia del hombre, el hombre como tal no puede ser definido. [...] Si pudiera decirse del hombre que tiene alguna naturaleza esencial, sería el hecho de no ser autosuficiente”<sup>68</sup>. En otras palabras, el ser humano por naturaleza, es un animal insaciable. Su intrínseca capacidad por anhelar lo que le rodea, es algo que, si bien necesita, para poder lograr el bien más propio suyo. También, le destruye, al

---

<sup>65</sup> Óp. cit., P. 31.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, P. 36.

<sup>67</sup> Véase el primer capítulo en la página 14 de este mismo texto.

<sup>68</sup> Óp. cit., Pp. 36-37.

permitirle devorar, sin discriminación alguna, lo que le rodee, al verse, constantemente frustrado, por su afán de obtener algo de felicidad.

El ser humano que permanece atado a las cadenas del amor por las cosas del mundo, se encuentra imposibilitado para poseer lo que realmente desea, la felicidad, puesto que, al vivir en el tiempo, añorando su memoria y temiendo por el devenir de las cosas, por la fatalidad; no puede relacionar su alma con dios. Mientras que el ser humano no se olvide del mundo, las sombras y los ecos en la caverna<sup>69</sup> no podrán voltear la vista y ver la luz del sol.

En consecuencia, el ser humano debe tener cuidado con lo que anhela, puesto que, a pesar de ser su mejor y más poderosa arma. También, es su más peligroso y lesivo detractor. “Se elevan los analfabetos y *se apropian del cielo* y nosotros, con nuestros conocimientos, sin corazón, mira donde nos revolcamos en *la carne y la sangre*”<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> Republica VII, 514a-517b.

<sup>70</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 403.

## CAPITULO III

### 3. LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD POR PARTE DEL SER HUMANO EN DIOS.

Hasta este momento se ha expuesto, en primer lugar, la concepción agustiniana de amor en el texto, *Confesiones*. En el cual, el autor presenta una concepción de amor dividida en dos partes: el amor en cupiditas que es considerado como un amor banal y falso, y por otra parte, el amor en caritas que es considerado como un amor superior y verídico. Es así como en primer momento, se expone un amor por las cosas del mundo, el cual es considerado como un amor vacío, terrenal, temporal y falso. Y en segundo momento, se encuentra un amor por dios el cual es considerado como un amor superior, atemporal, verdadero y fértil. Posteriormente, por medio del texto, *El Concepto de Amor en San Agustín*, de Hannah Arendt, se presentó, el concepto de amor expuesto por Agustín<sup>71</sup>, como un anhelo, tanto, para la relación con las cosas del mundo, como también, para la relación con dios. Por medio del cual se expuso que en ambos casos, tanto, en el amor por las cosas del mundo, como en el amor por dios, el amante presenta un deseo por poseer y hacer parte de su propio si, el objeto amado.

También se expuso que es de gran importancia el saber amar, puesto que, por medio del anhelo busca el hombre poder lograr encontrar y unir su ser con el bien último que es la felicidad. Por ello, se levantó un estudio por las dos posibilidades de amor que nos ofrece Agustín en su texto *confesiones*: el amor por lo terrenal y el amor por dios. En el amor por lo terrenal, se concluyó que es un anhelo vano, que aprisiona al ser humano en una caverna<sup>72</sup>, viéndose engañado y consumido por sombras y ecos. En este amor el ser humano, ve constantemente en peligro su felicidad; la pérdida de lo amado es una certeza al ser sujeto de la mortalidad, tanto, en referencia al amante como en referencia a lo amado. Razón por la cual, el ser humano amanten del mundo, no logra alcanzar la felicidad. Por consiguiente, en el amor por las cosas del mundo no es posible ubicar la felicidad.

En respuesta a esto Agustín<sup>73</sup> propone el amor por dios, puesto que, solo dios se encuentra desde antes del inicio del tiempo y por consiguiente por fuera de la mortalidad, de la posibilidad de pérdida y, solo el anhelo que se encuentra libre de la amenaza constante y sistemática de la pérdida puede ser considerado como amor verdadero y esto es solo posible en dios. “Era desdichado, y es desdichado todo espíritu encadenado a la amistad de las cosas mortales: y se desgarrar cuando las

---

<sup>71</sup> *Ibíd.*, Pp. 215-227.

<sup>72</sup> Republica VII, 514a-517b.

<sup>73</sup> *Óp. cit.*, P. 272.

pierde, y siente entonces la desdicha que le hace desdichado antes de perderlas”<sup>74</sup>. Dios es para Agustín fuente única del fin último, es decir, de la verdadera felicidad, puesto que, solo estando en dios, el ser humano, puede alcanzar la verdadera vida, la vida por fuera de la caverna y solo por medio del anhelo en dios, el hombre puede desear y poder ver la luz del sol<sup>75</sup>.

En consecuencia de esto es pertinente plantear el interrogante ¿Cómo el ser humano puede llegar a tener la posibilidad de alcanzar el cumplimiento del bien más propio de sí mismo, la felicidad? Para llevar a cabo esto y en concordancia con lo expuesto con anterioridad, el hombre debe poder tener la capacidad de librarse de las cadenas que le atan a la falsedad de la caverna<sup>76</sup>, escapar a la pérdida de lo amado y poder vivir fuera del tiempo. Es decir, vivir eternamente siendo uno con lo amado. Para ello Agustín<sup>77</sup> propone, para dar posible solución al interrogante, dos conceptos: el concepto de la *memoria* y el concepto del *olvido*. Con los cuales se pretenderá proponer un medio por la cual, el ser humano pueda alcanzar el fin último en dios, la felicidad.

En pro de lo anterior, se ha de exponer los conceptos de *memoria* y *olvido*, propuestos por Agustín en *Confesiones*. Planteando en primer momento, una remembranza de dios en la *memoria* del ser humano y un *olvido* por las cosas del mundo. Así, en un segundo momento, poder plantear un ser humano sin cadenas que pueda voltear y buscar con sus ojos la luz del sol y ver en la verdad su mayor anhelo, la felicidad. Para así, poder emprender esa búsqueda por ella, en la cual, el ser humano se pueda vivir como un ser libre de la fatalidad en la pérdida.

### 3.1. CONCEPCIÓN AGUSTINIANA DE MEMORIA Y OLVIDO.

#### 3.1.1. *El Olvido del Mundo de las Cosas.*

Agustín, como ya se ha dicho antes, propone que el ser humano se engaña, se distrae y se equivoca; al evocar y fijar su amor, en el anhelo por las cosas del mundo, puesto que de esta forma, el ser humano reúne en su ser, en su esencia, en su alma; cosas que le hacen equivocarse su camino hacia el bien más propio de sí mismo, la felicidad. “El caso es que no sabía amarte, yo que no sabía pensar otra cosa que en los destellos de la materia. Porque el alma que suspira por tales representaciones. ¿Acaso no fornicaba apartada de ti y pone su fe en falsedades y da pasto a los vientos?”<sup>78</sup>. Por consiguiente que el ser humano, amante del mundo, de las cosas terrenales, de la carne, sea un ser incapaz de ver más allá de las sombras

---

<sup>74</sup> *Ibíd.*, P. 228.

<sup>75</sup> *Republica VII*, 514a-517b.

<sup>76</sup> *Ibíd.*, 514a-517b.

<sup>77</sup> AGUSTIN. *Confesiones*. Madrid, 2010. P. 493.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, P. 220.

de la caverna<sup>79</sup> o de escuchar más agudamente, los ecos que revotan en aquellos muros de ignorancia y mentira.

El ser humano debe ser cauto con las cosas que anhela, puesto que éstas, al hacerlas parte de su alma alteran su esencia, la modifican y pervierten. El amor por las cosas del mundo nubla el juicio del ser humano, haciendo pasar lo bueno por malo y lo malo por bueno. Es de considerar que así como lo describe Platón<sup>80</sup>, el ser humano es prisionero del mundo de los sentidos. Pero es de aclarar que es un prisionero en medida de lo que anhela, puesto que, la dureza y rigidez de sus cadenas, son correspondientes a los amores terrenales y mundanos en los que el ser humano se aferra. “Era desdichado, y es desdichado todo espíritu encadenado a la amistad de las cosas mortales: y se desgarran cuando las pierde, y siente entonces la desdicha que le hace desdichado antes de perderlas.”<sup>81</sup>

Es decir, que en medida que el ser humano ame las cosas del mundo, aumenta la fuerza con la que es atado a vivir en medio de la ignorancia, la falsedad, la desdicha y la mentira; y, disminuye la posibilidad de que pueda librarse de sus ataduras y enfocar la búsqueda por la verdadera luz, por el bien supremo, por el bien más propio de sí mismo, la felicidad.

El ser humano que tenga como propósito alcanzar la felicidad, deberá poder romper esas ataduras que le suprimen en el mundo banal, artificial, falso de los sentidos y del amor por las cosas del mundo. Por lo tanto, el ser humano deberá poder olvidarse de sus anhelos terrenales, para poder emprender la búsqueda por la felicidad verdadera. Olvidarse de sus distractores amores por las cosas del mundo. “Rebasaré también este poder mío que se llama memoria. Lo rebasare para poner rumbo a ti, dulce fuente de luz. ¿Qué me dices? Heme aquí ascendiendo a través de mi mente hacia ti, que me aguardas allí arriba. Rebasare también en este poder mío que se llama memoria queriendo tocarte desde donde es posible tocarte, y adherirme a ti desde donde es posible adherirme a ti.”<sup>82</sup> Por lo tanto, debe buscar en su ser, en su alma, el recuerdo del bien verdadero y hacer de éste un faro en su camino para alcanzar la felicidad.

---

<sup>79</sup>Republica VII, 514a-517b.

<sup>80</sup> Ibíd., 515a-515b.

<sup>81</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 228.

<sup>82</sup> Ibíd., P. 496.

### 3.1.2. *El Reconocimiento de Dios en la Memoria.*

Agustín considera que el ser humano ya conoce a dios<sup>83</sup>, pero ha olvidado que lo conoce en consecuencia del desmesurado afán, por el ser humano, de anhelar las cosas del mundo. “¿Y de qué manera voy ya a encontrarte si no te recuerdo?”<sup>84</sup>. De tal forma que la búsqueda del ser humano por dios, es una búsqueda en sí mismo, en su memoria; es una búsqueda de reconocimiento, de remembranza.

Sin embargo, esto crea una gran problemática, ¿Cómo reconocer lo que olvidamos que conocemos? Pues bien, plantea Agustín<sup>85</sup> que si recordamos que olvidamos algo, eso que olvidamos está impreso en la memoria, puesto que, recordamos el hecho de haberlo olvidado. Es decir, el olvido, se encuentra impreso en la memoria también. “ahora bien, si retenemos en la memoria lo que recordamos y si, de no ser por que recordamos <<olvido>>, no seríamos en modo alguno capaces, escuchando este nombre, de reconocer la realidad que con él se significa, se sigue que el olvido es retenido en la memoria.”<sup>86</sup> Entonces, es de considerar, que la labor a desarrollar por parte del ser humano es la de advertir que se ha presentado un olvido en sí mismo, para que de tal forma, pueda percatarse del recuerdo impreso que ha dejado en su memoria dicho olvido, en otras palabras, pueda recordar que ya conoce a dios pero que lo ha olvidado.

¿Cómo te busco, pues, Señor? Y es que cuando te busco a ti, Dios mío, busco la vida feliz. *Te buscaré para que viva mi alma*, pues mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti. ¿Cómo busco, pues, la vida feliz? Porque no la llamo mía antes de poder decir: <<ya está justo allí>>. En este punto conviene que diga cómo la busco, si mediante el recuerdo, como si me hubiese olvidado de ella y tuviera aún conciencia de que la he olvidado, o mediante el deseo de aprender lo desconocido, sea porque nunca la he conocido, sea por que la he olvidado de tal modo que ni siquiera recuerde haberla olvidado.<sup>87</sup>

Por lo tanto, el ser humano debe hacer un reconocimiento de sí mismo, para poder anhelar a dios, es decir anhelar la felicidad verdadera. En este caso, debe buscar, el ser humano, a dios en su propia alma, debe buscar en sí, el recuerdo de haber olvidado a dios. “había perdido la mujer su dracma, y la buscó con la lucerna: y si no hubiese recordado no la hubiese encontrado. Y así, después de haberla encontrado, ¿cómo hubiera sabido si era o no esa misma, si no hubiese guardado recuerdo de ella?”<sup>88</sup>.

---

<sup>83</sup> Véase ampliamente en el primer capítulo en la página 16 de este mismo texto.

<sup>84</sup> Óp. cit., P. 496.

<sup>85</sup> *Ibíd.*, Pp. 493-498.

<sup>86</sup> *Ibíd.*, P. 493.

<sup>87</sup> *Ibíd.*, P. 498.

<sup>88</sup> *Ibíd.*, P. 496.

Es de resaltar nuevamente que a pesar de haber olvidado a dios, el ser humano conserva un conocimiento previo de su olvido, puesto que de otra forma, bien puede tener su objeto anhelado, anillado a sus manos y no poderlo reconocer como tal. “porque conocemos la felicidad es por lo que queremos ser felices, y dado que nada hay más cierto que nuestro querer ser felices (*beatum esse velle*), nuestra noción de felicidad nos guía en la determinación de los bienes que a ella corresponden, que se convierten en objetos de nuestro deseo.”<sup>89</sup> Por consiguiente, el ser humano constituye a dios, como un punto cardinal, para poder encontrar en sí mismo, la felicidad que este significa. Debe por lo tanto, olvidar los demás anhelos que solo nublan su juicio, con los que permanece en cautiverio y así, anhelar únicamente el bien último.

El ser humano que aun ama con el alma concupiscible<sup>90</sup> no posee la capacidad de poder amar más allá de lo que dictan sus sentidos, puesto que, es un ser que se encuentra prisionero, privado de la luz de la verdad y cuyo interés está inclinado por anhelos terrenales y fortuitos. Este ser, para poder amar a dios, para poder salir de la caverna en la que está atado, debe olvidarse de esos anhelos terrenales, debe poder dejarlos de lado y así poder salir a la búsqueda de la verdadera luz que le ilumine con la felicidad. “Y es pérfido aquel amante vulgar que se enamora más del cuerpo que del alma, pues ni siquiera es estable, al no estar enamorado tampoco de una cosa estable, ya que tan pronto como se marchita la flor del cuerpo del que estaba enamorado, «desaparece volando »”<sup>91</sup>. Es decir, que el ser humano para poder amar a dios, para poder lograr el cumplimiento de su anhelo debe olvidarse de las cosas del mundo. De esta forma, puede iniciar la búsqueda de dios, puede recordar a dios, librándose de las sombras, ecos y nubes que tintan y oscurecen sus sentidos y que le impide ver la luz que de dios se desprende.

## **3.2. ENCUENTRO DEL SER HUMANO CON LA FELICIDAD.**

### *3.2.1. El Amor por el Máximo Bien del Ser Humano, el Amor por sí Mismo.*

Al permitir el ser humano, por medio del amor por las cosas del mundo, modificar su esencia, su alma; está permitiendo que el recuerdo de dios se pierda en el olvido de su memoria. Es decir, la fuerza que pone al hombre cadenas en la caverna, es la fuerza producto de los anhelos por las cosas mundanas y terrenales del mundo de las cosas. “El deseo media entre sujeto y objeto, y anula la distancia entre ambos al transformar al sujeto en amante y al objeto en amado. Pues el amante nunca está separado de lo que ama; él mismo pertenece a lo amado.”<sup>92</sup> Como resultado cuando el amante anhela a lo amado, es dominado por lo amado; el amante se ve

---

<sup>89</sup> ARENDT, Hannah. El Concepto de Amor en san Agustín. Madrid, 2001. Pp. 25-26.

<sup>90</sup> Fedro, 246a-249d. - Véase también en la página 13 de este mismo texto.

<sup>91</sup> Banquete, 183d-183e.

<sup>92</sup> ARENDT, Hannah. El Concepto de Amor en san Agustín. Madrid, 2001. P. 36.

modificado por lo amado y por lo tanto, el amante, al amar, se vuelve parte de lo que ama y como tal, si el ser humano ama las cosas del mundo, se vuelve parte del mundo al lograr alcanzar su anhelo, “Uno es como sea su amor. Quien no ama ni desea en absoluto, es en rigor nadie.”<sup>93</sup> De modo que, si por el contrario, el ser humano no amase las cosas del mundo, sino, amase a dios, el ser humano se volvería parte de dios; puesto que, al ser parte de dios, el hombre saldría del plano temporal en el que se encuentra inmerso y eludiría definitivamente la posibilidad de pérdida de lo anhelado, y sería por pertenecer a dios, un ser eterno.

La felicidad, que es lo opuesto del aislamiento, requiere en suma más que la mera posesión. La felicidad se alcanza cuando lo amado se torna elemento del propio ser, inherente a él de manera permanente. [...] La felicidad tiene lugar cuando se cierra el hueco entre amor y amado, y la cuestión es si cupiditas, el amor a este mundo, puede alguna vez llegar a cerrarlo. Dado que el fin último del amante es su propia felicidad, el amante se guía de hecho, en todos sus deseos, por el deseo de su propio bien, es decir, por algo que está en su interior. En *cupiditas* persigo lo que está fuera, fuera de mí (*extra me o foris a me*), y este afán es vano incluso si es búsqueda de dios. El amor a uno mismo es la raíz de todo deseo.<sup>94</sup>

Por consiguiente, el amor por dios no puede ser otra cosa que el amor por uno mismo, es decir, para que el ser humano pueda amar a dios, pueda llegar al obtener la verdadera felicidad; no debe buscar fuera de sí, debe por el contrario, encontrar en su ser, en su memoria, el recuerdo de dios, debe recordar a dios. Sin embargo, es de tomar en cuenta que si bien la felicidad es el bien más propio del ser humano y que para que ello sea así la felicidad debe estar contenida en el ser humano, pero que este al no poderla recordar, en medio de su olvido le ha perdido.

También significa, que todo lo que este por fuera de su ser, es decir, las cosas del mundo, son cosas que no son propias de sí mismas en el ser humano. “Los bienes que están fuera de mí ya no caen bajo mi poder, y entre ellos se encuentra el bien máximo, la propia vida. Cupiditas desea cosas que escapan por principio a mi control y me hace dependiente de ellas, es decir, dependiente de cosas que puedo perder en contra de mi voluntad”<sup>95</sup>. Por lo tanto la vida en el mundo es una vida que en definitiva no es vida, pues, en esta no es posible encontrar la felicidad, al ser parte de las cosas del mundo, y estas últimas, al no ser parte de la esencia del ser humano, sino, al ser algo externo.

En consecuencia de esto el ser humano para poder librarse de las cadenas que le atan al mundo de la vida, a la caverna<sup>96</sup>, debe olvidar su amor por las cosas del mundo; porque el problema es que el ser humano a pesar de estar en cautiverio,

---

<sup>93</sup> *Ibíd.*, P. 36.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, Pp. 37-38.

<sup>95</sup> *Ibíd.*, P. 39.

<sup>96</sup> Republica VII, 514a-517b.

ama a la sustancia con la que están hechas las ataduras con las que se le mantiene sujeto al mundo. “Cuando alguien ama a alguien, ¿quién es amigo de quién, el amante del amado, o el amado del amante?”<sup>97</sup> Y así, las cadenas con las que está siendo sujeto el ser humano, toman fuerza en el anhelo del ser, al fundir su esencia, la de las cadenas con la del ser humano, en una sola.

Para poder romper esa lasciva relación, el ser humano debe olvidar su anhelo por las cosas del mundo, debe apartarse de las cosas que le son externas y encontrar en su esencia, en su memoria, el recuerdo olvidado de dios. Para buscar a dios debe olvidarse del mundo, de los objetos que le rodean, del prójimo que comulga con él, y debe encontrar la forma, para olvidar su propia vida banal en el mundo terrenal.

Que vio, en otro tiempo, nuestra alma, cuando iba de camino con la divinidad, mirando desde lo alto a lo que ahora decimos que es, y alzando la cabeza a lo que es en realidad. Por eso, es justo que la mente del filósofo sea alada, ya que, en su memoria y en la medida de lo posible, se encuentra aquello que siempre es y que hace que, por tenerlo delante, el dios sea divino. El varón, pues, que haga uso adecuado de tales recordatorios, iniciado en tales ceremonias perfectas, sólo él será perfecto. Apartado, así, de humanos menesteres y volcado a lo divino, es tachado por la gente como de perturbado, sin darse cuenta de que lo que está es «entusiasmado».<sup>98</sup>

### 3.2.2. *Reconocimiento de Dios en el Hombre.*

El camino hacia dios, hacia la felicidad, esta colmado de distractores terrenales que mantienen cautivo al ser humano por medio de sombras y ecos que invaden en los sentidos proporcionando una falsa verdad. Amar a dios es una labor que implica, por consiguiente, auto-reconocimiento del ser, pues, el camino hacia la felicidad es un camino cuya dirección está enfocada a las cosas que están en el ser, que le son intrínsecas, que le son propias al ser. Las cuales, tiene el ser humano, bajo la capacidad de no poderlas perder en contra de su voluntad. “Realmente no hemos olvidado por completo algo que recordamos incluso haber olvidado. Por tanto, no podremos buscar una cosa perdida que hayamos olvidado por completo.”<sup>99</sup> De ser así, no hemos olvidado por completo a dios, puesto que, hace parte de nuestro ser, y en la misma medida, poseemos el anhelo por la felicidad como bien último del ser humano, y por consiguiente, poseemos la noción de dios. Es pertinente, para el ser humano, para poder ser feliz, recordar a dios.

En consecuencia de lo anterior, la felicidad del ser humano consiste en poder volver a ser uno con dios que es la sustancia que posee en sí el bien. En otras palabras, dios es la única representación posible de toda idea del bien. Sin embargo, la

---

<sup>97</sup> Lisis, 212b.

<sup>98</sup> Fedro, 249c-249d.

<sup>99</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 498.

posición del ser humano no es la misma, en la concepción Agustiniana del amor puesto que, este presenta al ser humano como un ser que esta velado por las cosas del mundo así como Platón, lo ubica en la caverna atado y prisionero de los sentidos y la falsedad que es preminente en ellos. Por consiguiente, y así como hasta el momento se ha expuesto, el ser humano, que está en las tinieblas no puede amar a aquel que está iluminado por la luz del sol, así, como a su vez, el que está iluminado por la luz del sol, no podrá amar al que esta bañado en tinieblas.

Esto indica que aquel que está en el bien, no puede fijar sus anhelos en el mal y al mismo tiempo, el que este en lo malo no podrá fijar sus anhelos en aquel que pertenezca a lo bueno. Sin embargo, y en concordancia a lo expuesto anteriormente, el camino para que el ser humano pueda encontrar a dios es, en primer momento, olvidándose de las cosas del mundo, para que así en un segundo momento, tenga la posibilidad al tener su alma despejada de los distractores del mundo, de poder recordar a dios en su memoria.

-La enfermedad es, a buen seguro, un mal; sin embargo, la medicina es algo útil y bueno. -Sí. -Pero el cuerpo, en cuanto que es cuerpo, no es ni bueno ni malo. -Así es. -Forzosamente ocurrirá que el cuerpo, por la enfermedad, dependerá de la medicina y la amará en cierto sentido. -Me parece que sí. - Así pues, lo que no es ni bueno ni malo será amigo de lo bueno por la presencia de lo malo. -Parece que sí. - Pero es claro que esto ocurriría antes de que llegue a ser malo por el mal que se le ha pegado; pues una vez que se volviese malo, no podría desear lo bueno y serle amigo, ya que es imposible, según hemos dicho, que lo malo sea amigo de lo bueno.<sup>100</sup>

Por lo tanto, al proponer que el ser humano debe olvidarse de las cosas del mundo, lo que se está proponiendo en sí es que, el ser humano antes de poder amar el bien debe librarse de lo malo, las cosas del mundo, que lo poseen y que han modificado su esencia. Debe por consiguiente librarse de la falsedad, de la mentira y el engaño a los que ha sido expuesta su alma; para así, poder ver en la luz del sol, la verdad que resplandece en el seno de dios.

El ser humano que tenga como propósito en la vida ser feliz, debe por tanto, reconocer en sí mismo el mal que perturba su calma, su tranquilidad y no hay nada que perturbe más la tranquilidad en el ser humano que la posibilidad de la pérdida del bien anhelado. En consecuencia de esto, el ser humano debe de librarse de esa carga que produce ese bien extrínseco que puede ser perturbado con la posibilidad de pérdida, para así, poder recuperar la tranquilidad en su sustancia, en su alma. "Y justo en eso consiste la vida feliz: en gozar junto a ti, de ti, gracias a ti. Ésta es precisamente y no otra. Quienes, en cambio, piensan que es otra persiguen otro gozo y no el verdadero. No obstante, su voluntad no es apartada de cierta imagen de gozo."<sup>101</sup> En consecuencia, el ser humano a pesar de anhelar en la falsedad del

---

<sup>100</sup> Lisis, 217a-217c.

<sup>101</sup> AGUSTIN. Confesiones. Madrid, 2010. P. 502.

mundo de las cosas tiene, al menos, el recuerdo de haber olvidado algo, al amar en la banalidad de la carne. En este caso es constante el recuerdo de la felicidad, de lo verídico.

Ahora bien, es importante aclarar, que el ser humano que ama el mundo no se encuentra imposibilitado para poder amar a dios, solo que debe liberarse de las cosas del mundo para poder ver la verdad en sus anhelos. Puesto que, tiene la posibilidad de olvidar, así, como en principio olvido a dios, las cosas del mundo y limpiar su alma del mal que en ésta, producen las cosas banas y falsas del mundo. “Es así que pregunto a todos si prefieren o no gozar de la verdad más que de la falsedad: lo mismo que no dudan en decir que prefieren gozar de la verdad tampoco dudan de que quieren ser felices. La vida feliz, no cabe duda, es el gozo de la verdad.”<sup>102</sup> Por consiguiente, el amor por lo verdadero es el amor por la felicidad misma, es el bien más propio del ser humano, puesto que, en el reconocimiento del ser humano, en la búsqueda en la memoria de su propio yo, lo anhelado por el ser humano es la autosuficiencia de su propio ser, la felicidad producto del amor de sí mismo, por sí mismo.

---

<sup>102</sup>Ibíd., P. 503.

## 4. CONCLUSIONES.

Hasta este momento se expone, en primer momento, la concepción agustiniana del amor, con la cual se realiza un estudio del amor, tanto por las cosas del mundo, como por Dios. Para así poder determinar, en primer lugar, que el amor por las cosas del mundo es un amor falso con el que el ser humano se engaña y se aleja de toda posibilidad de ser libre de las cadenas de la muerte. Dado que, se ancla al mundo, al anhelar las cosas que en este habitan y se hace prisionero de estas cosas al hacerlas parte de su esencia, el ser humano modifica su esencia en medida de la cantidad de experiencias que tiene a medida que pasa el tiempo con las cosas que le rodean. En otras palabras, al abrir paso entre los anhelos por las cosas del mundo, se pierde al volver su ser naufrago en los mares de sus propios deseos por el mundo, sin poder encontrar ningún otro destino diferente que la muerte.

Esta gran imposibilidad, en el amor por las cosas del mundo, por poder eludir la fatalidad en la pérdida, es lo que condena al fracaso todo esfuerzo por ser feliz en el mundo terrenal. El ser humano, que ama al mundo, es prisionero del tiempo y del cambio, puesto que, al ver cumplido su anhelo por algo, es decir, al lograr poseer lo que desea, inmediatamente después de haberlo alcanzado, cesa su deseo por esa cosa y se ve obligado a fijar su anhelo en alguna otra. Y, solo la proximidad con la posibilidad de pérdida le hace volver a fijar su atención en aquel objeto anhelado anteriormente. Y ¿quién puede ser feliz, cuando está siendo amenazado de perder lo que ama?

En segundo lugar, sé determino que el amor por dios es el amor verdadero con el que el ser humano logra tener la posibilidad de hacerse uno con la verdadera felicidad. Dado que ya no busca llenar su esencia con las cosas terrenales, corruptibles y temporales del mundo que modifican su alma, sino que ahora, con el uso de su razón, opta por anhelar poseer el bien último, la felicidad. También se determinó, con respeto a la felicidad, que dios es la única fuente posible de una verdadera felicidad, puesto que dios es el único ser que se encuentra por fuera de la posibilidad de pérdida en la muerte, gracias a que Dios es un ser atemporal, eterno.

En consecuencia, si el ser humano pretende anhelar la felicidad como bien último, debe anhelar poseer y volverse uno con Dios. A diferencia que en el amor por las cosas del mundo, en el amor por dios, el ser humano no depende de la información que obtiene de sus sentidos, puesto que es una búsqueda que se realiza de forma intrínseca en el ser humano. Dios no es un objeto que agregar a la esencia del ser humano, sino por el contrario, es una parte de la esencia del ser humano, es decir, la búsqueda de dios es una búsqueda en lo profundo del ser humano, no en las sensaciones que produce su carne en reflejo de las acciones exteriores.

Es así como en segundo momento, se define el amor como un anhelo por sí mismo, hacia algo, hacia un bien que el amante no posee pero que quiere poseer. Es de aclarar que esta concesión de amor como anhelo, se aplica tanto en el caso del amor por las cosas del mundo, como en el caso del amor por Dios; puesto que en ambos casos, el ser humano, el amante, anhela poder poseer algo que escapa de su posesión.

Sin embargo, es de considerar que, si bien el amor como anhelo se aplica al amor por las cosas del mundo en el sentido de que el ser humano anhela la posesión del mundo, esto no pone este amor vano y falso en la misma posición del amor por dios, continúan siendo anhelos yuxtapuestos, dado que en el amor por el mundo, el ser humano se pierde en la falsedad y en la información enceguedora de los sentidos, mientras que, en el amor por dios, el hombre sale de la ignorancia del mundo de los sentidos y observa, como un hombre libre de sus ataduras, la luz del sol.

Ahora bien, en último momento, se concluye que la búsqueda de la felicidad por parte del ser humano es una búsqueda que se da en el interior del alma, de la esencia del ser humano. Es decir, la búsqueda por dios es una búsqueda intrínseca en sí mismo. El ser humano debe reencontrar a dios en su memoria, en su ser; puesto que conocemos la idea de felicidad, es por lo que queremos ser felices, en otras palabras, el ser humano a razón de sus anhelos por las cosas del mundo, se ha olvidado de la verdadera felicidad, se ha perdido en el inmenso mar de amores terrenales, mundanos y temporales, y se ha alejado de su verdadera felicidad, ha caído prisionero del mundo, de sus sentidos.

Por tal razón, el ser humano para poder ser realmente feliz debe olvidarse de las cosas del mundo, de los anhelos terrenales que le nublan el juicio que no le permiten ver a dios en su ser, impidiéndole reconocer la felicidad. Anhelar y volverse uno con lo eterno, es la única forma que el ser humano puede tener para poderse librar de la fatalidad de la muerte. Por lo tanto, amar lo eterno, es la única forma de que el ser humano no se vea constreñido ni prisionero de algún factor externo y por el contrario, pueda ser, un ser libre.

## BIBLIOGRAFÍA

AGUSTIN. Confesiones. Introducción, traducción y notas de Alfredo Encuentra Ortega. Madrid, España, Editorial Gredos, S. A., 2010. 700 p. ISBN: 978-84-249-1505-6.

ARENDR, Hannah. El Concepto de Amor en San Agustín. Traducción de Agustín Serrano de Haro. Madrid, España, Ediciones Encuentro, S. A., 2001. 150 p. ISBN: 84-7490-632-6.

ARISTOTELES. Metafísica. Introducción, traducción y notas por Tomas Calvo Martínez. Madrid, España, Editorial Gredos, S. A., 1994. 582 P. ISBN 84-249-1666-2.

KANT, Immanuel. Crítica de la Razón Práctica. Edición de Roberto R. Aramayo Madrid, España, Alianza Editorial, S. A., 2005. 345 P. ISBN: 84-206-3543-X.

KANT, Immanuel. Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres. Edición bilingüe y traducción de José Mardomingo. Barcelona, España, Editorial Ariel, S.A., 1999. 280 P. ISBN: 84-344-8743-8.

KANT, Immanuel. ¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia. En: Filosofía de la historia. Edición de Roberto R. Aramayo. Madrid, España, Alianza Editorial, S. A., 1978. 290 P. ISBN: 978-84-206-7873-3.

MARGOT, Jean-Paul. LA FELICIDAD. Praxis Filosófica, núm. 25, julio-diciembre, 2007, pp. 55-79. Universidad del Valle, Cali, Colombia. ISSN: 0120-4688.

PLATON. Diálogos: Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hippias Menor, Rippias Mayor, Laques, Protágoras. Traducción general por Emilio Lledó Iñigo., introducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Lledó Iñigo, C. García Gual. Madrid, Ediciones Gredos, 1998. I P. ISBN: 84-249-0081-2.

PLATON. Diálogos: Fedon, Banquete, Fedro. Traducciones, introducciones y notas por C. García Gual, M. Martínez Hernández, E. Lledó Iñigo. Madrid, España, Ediciones Gredos, S. A., 1998. III P. ISBN: 84-249-1036-2.

PLATON. Diálogos: Republica. Traducción, introducción y notas por Conrado Eggers Lan. Madrid, España, Ediciones Gredos, S. A., 1998. IV P. ISBN: 84-249-1027-3.